

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Aquí me tienes, haciendo corajes. Ultimamente me ha tocado *demasiado* seguido tener que lidiar con cada pinche gente. . . con puras personas corruptas e incompetentes en todos lados. Y me encabrono y me asusto: es como plaga en México. Estamos rodeados de ellos.

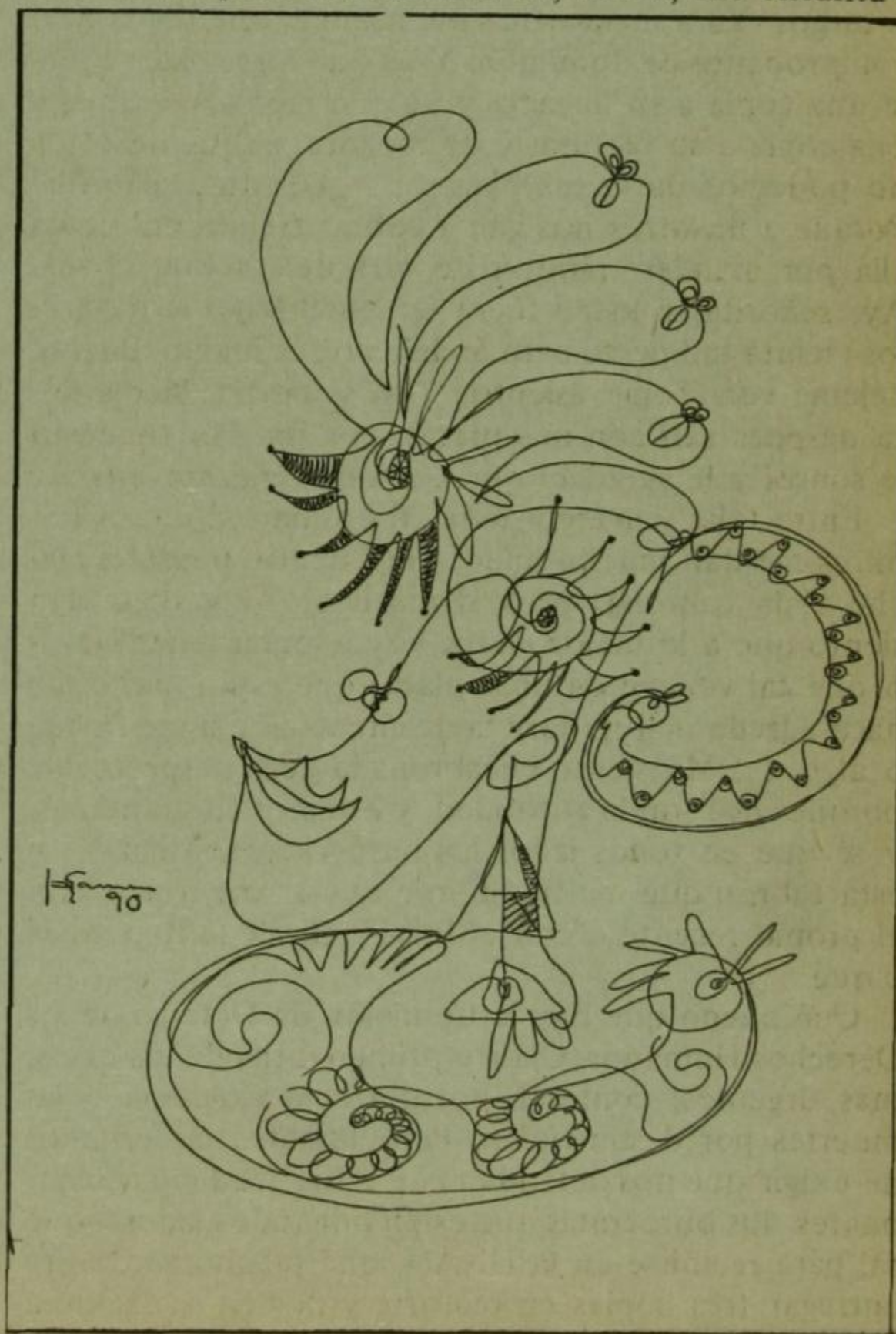
Fijate, por ejemplo. Se me descompone el teléfono. Cuatro semanas lo reporté diario, como debe ser. Pero yo creo que igual me hubiera quedado cuatro años así, de no conocer el verdadero y eficaz método: salir a buscar y a perseguir día tras día, a pie o en coche, cuanta camionetita de Telmex ande por tus rumbos. En una de esas, después de muchísimos ruegos, capaz que se apiadan de ti. Vienen, te regañan, y te lo componen en cinco minutos. Les das una lana. Además, conmovida, les agradeces muchísimo y hasta les dices que Dios los bendiga. Las palabras amables y la mordida dependen del tamaño de tu desesperación.

Otro ejemplo. Me dan por fin el Sedán. Blanco, precioso, flamante. Sin placas, con un permiso provisional, así dice, para circular por treinta días, pegadito con diurex en la ventana de atrás. Me dice el señor de la Volkswagen que también la verificación tiene que ser dentro de esos mismos treinta días. Y ahí me tienes muy cumplida como a los diez días llevando a verificar mi coche. Y resulta que no: que dónde está mi tarjeta de circulación. Pues qué no ve que es nuevo. Hasta que le den sus placas viene.

Como a los 20 días, voy a "cualquier delegación", como me habían indicado, a comprar las placas. De entrada me regañan por decir "comprar". No se compran. Se pagan. Bueno, usted perdona. ¿Trae su factura? No señor, es que mi coche no es mío. Lo debo. Lo estoy pagando en abonos. Traigo una copia de la factura. Pues no se puede. Le tienen que dar otro papel, una carta factura original en la agencia. Pero a mí me dijeron. . . Pues aunque le hayan dicho. No se puede. Para esto ya te podrás imaginar mi encabrone por los modos del fulano. Me interroga como judicial. Me corrige de todo. Me grita, me regaña. Ya sabes, prepotente, mamón, majadero, y además, viéndome libidinoso, burlón.

Ese día pasé por otra delegación y entré a preguntar. Ahí la chava encargada estuvo muy amable. Me volvió a pedir la carta-factura. Ya vas. Tenía que conseguirla. Me dio la forma para llenar y me dijo, lindísima, véngase mañana, yo le doy sus placas con mucho gusto.

Ahí voy hasta la Merced a pedir el chingado papel. En la Volkswagen, muy sorprendidos de que me pidan ese documento. Ellos, que entregan cientos de coches, *no sabían*. Maestra, qué pena con usted, discúlpenos. Y por cierto, ¿no lo quiere verificar de una vez? Como para consolarme. Sí, señor, me encanta-



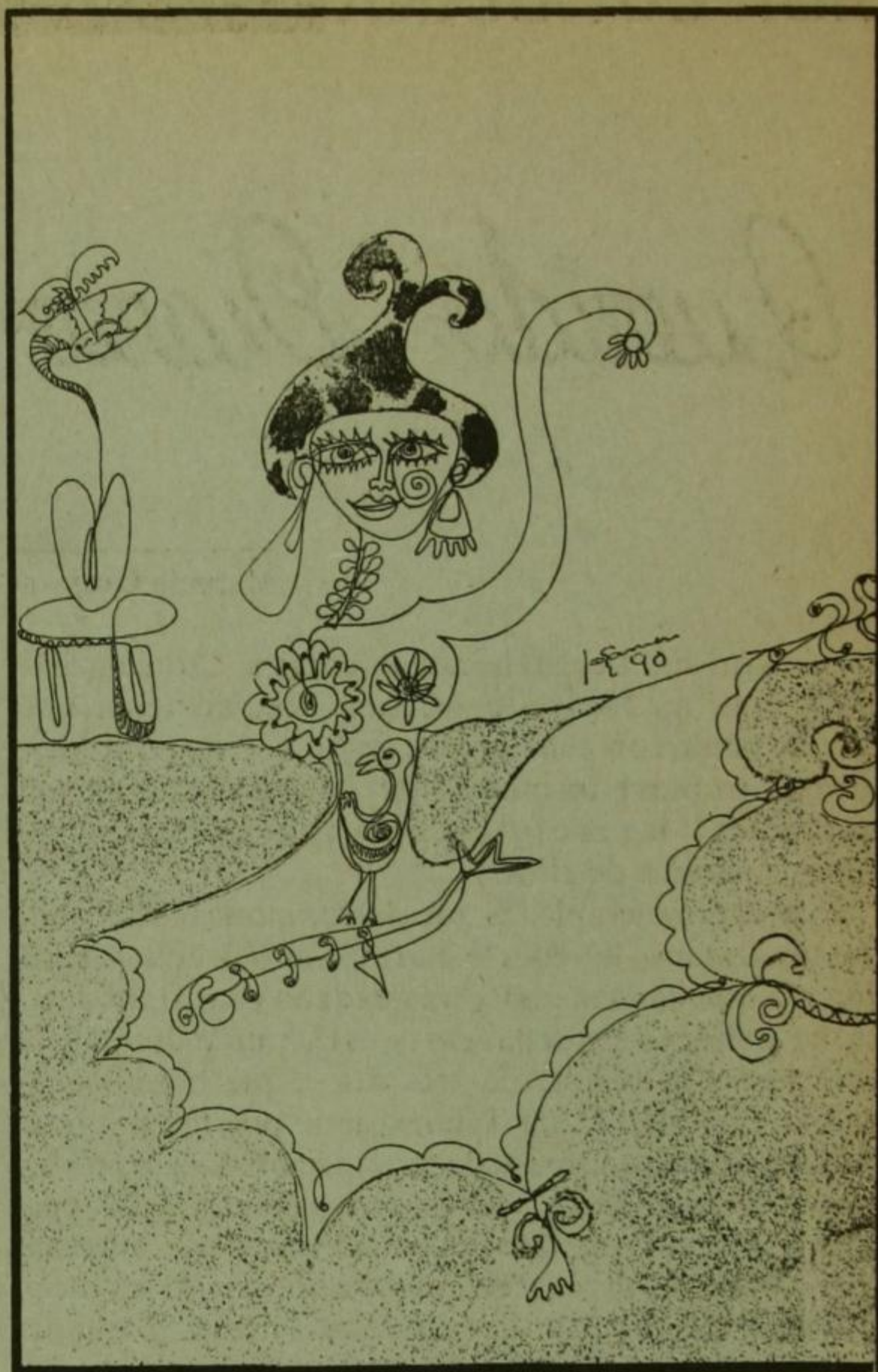
ría, pero no se puede sin placas. Cómo no, maestra, ahorita verá. Y que me lo verifica de volada. Bueno, es un decir, porque tuve que esperar cuarenta minutos a que el fulanito verificador terminara de desayunar. Pero una vez que llegó, pasó mi coche. Sin placas. Sí se podía.

Luego, voy feliz a la delegación de la señorita simpática para no volverle a ver la cara al otro cabrón de mi delegación.

Y, con horror, descubro que ni se acordaba de mí ni estaba de buenas. Le pegó una gritada a un pobre cuate que estaba antes de mí, que yo dije, puta madre, ahorita nos va a matar a todos. Y entonces, por supuesto, ya no se podía. Vaya usted a su delegación. Pero usted ayer me dijo, mi reina. Sí, pero es que no podemos. Que no había manera. Que no tenía placas, fíjate nomás. Se les habían acabado. Bueno, es que sólo tenían de calcomanía azul. Yo encantada le dije que *precisamente* quería no circular los viernes. Mirada de odio. Es que no se puede. Además, ya se le venció el plazo. Tiene que pagar recargos. Pero si tengo un permiso por treinta días. No señora, ese permiso no sirve para nada. Tiene usted quince días para "emplacar". Ah chingados, *emplacar*. Qué palabra tan moderna de la modernización. Bueno, pues pago los recargos. Ya a medio trámite, sáquele una copia a su comprobante de domicilio. Y ya que regresaste sáquele una copia a su licencia y ya que regresaste sáquele una copia a su factura, y de repente, es que nosotros no podemos darle sus placas. . . ¿Por qué, señorita? Porque a nosotros nos van a cobrar treinta mil pesos allá por mandar trámites de otra delegación. O sea. Ay, señorita, si usted fuera tan amable yo le pagaría los treinta mil pesos pero ándele no sea malita. Bueno, déjeme ver. Tome asiento. Y sí se podía. Media hora después salí con mis placas, por fin. Por supuesto le sonreí y le agradecí que fuera de veras *tan amable*.

Entre feliz y avergonzada. Y es que todos esos trámites me dan mucho miedo. Por dentro pensaba pinche vieja cabrona, pero si me enojo o le digo algo siento que a lo mejor *nunca* voy a lograr tener placas o que tal vez me da unas placas que están mal o me hace adrede mal mi tarjeta de circulación o me fichan o algo. . . Me siento encabronada pero desprotegida porque *ellos* son la autoridad, y estamos en sus manos, y sé que en todos lados los burócratas son iguales y está cabrón que me fuera yo a quejar con quién, con el propio regente o con el Presidente de la República o qué.

Qué bueno que hay la Comisión de Defensa de los Derechos Humanos. Ojalá y primero atienda los casos, más urgentes, contra la tortura o la violación o las muertes por desnutrición. Pero también deberíamos de exigir que nos defendiera de estos pequeños gobernantes, los burócratas que están por todos lados —qué tal para recibirse en la UNAM, qué tal ahora necesita entregar tres copias en rectoría y dos en su facultad



y una en el URI y no, ésta no era, regrese usted por el original pero ahorita ya vamos a cerrar— y parece como si hubiera una plaga de sadismo chico y grande en México, y cómo defendernos de la violencia de un imbécil inepto macho o de una pobre pendeja que se siente la dueña de la UNAM o de la SEP o del gobierno de México. Cómo pedir y exigir un trato decente, eficaz, humano.

Exigir que los burócratas conozcan su trabajo, y trabajen. que sí tengan cambio. Que haya reglas sencillas y parejas, iguales en toda la ciudad para cualquier trámite. Que no desayunen en la oficina. Que pongan más cajas. . . puta madre, y ahorita me acordé del día que tuve que ir a la Oficina Federal de Hacienda. . .

No nada más luchar contra la violencia grande, sino exigir y trabajar para que se acabe esta estulticia, esta prepotencia, estos pinches modos, porque se trata de la misma cosa. También es violencia.

Como que estamos muy acostumbrados —sobre todo los pobres y las mujeres— a que así nos traten. Ya si no te violan o no te golpean, ya sientes que está bien. Y ni madres. El principal derecho humano, el básico, es que debemos ser considerados, en todos lados y a todas horas, a la altura de nuestra dignidad.